

## PRESENTACIÓN DE SERRAT, CANCIÓN A CANCIÓN.

DIPUTACIÓN DE CÁDIZ. 31 DE ENERO DE 2005.

### INTERVENCIÓN DE JUAN JOSÉ TÉLLEZ



### BIENAVENTURADOS LOS QUE OÍMOS A SERRAT

El Nano, qué quieren que les diga, era el hermano mayor que iba para perito agrónomo pero se metió a cantante. Era el chico del entresuelo derecha que se quedaba prendado de aquella jovencita de piel de manzana a la que sobre las diez le llamaban a voces del hueco de la escalera "Niña, la hora que es y sin poner la mesa": Ahora, ella anda limpiando escaleras para llegar a fin de mes y con el sano propósito de pagarle a su nena clases de danza moderna y declamación para que, si sale bien el casting para un anuncio en televisión, algún día llegue a recogerla en una limusina.

A Joan Manuel Serrat, no sólo le han escrito canciones sino tangos, pero es que incluso Antonio Machado tuvo prohibida la entrada a un país del Cono Sur de América Latina por el simple hecho de ser letrista suyo. Todo esto lo cuenta Luis García Gil, en un libro que se titula "Serrat, canción a canción" y que es una brújula fantástica para no perdernos en ese laberinto de pasiones que suele ser el repertorio del noi del poble sec, como algunos le llamaban al comienzo de su carrera; tal y como otros le decían la cabra, por los gorgoritos inimitables de su garganta y como muchos, sin ni siquiera conocerle, le llamamos amigo porque se me figura que decir amigo es decir ternura y yo y mi canto sabemos a quien nombro tanto.

Serrat nos ha puesto memoria sentimental a medio siglo de España. Como avisó Manolo Vázquez Montalbán Serrat recobra la copla popular de Quintero León y Quiroga, la recrea no sólo en el "Romance de Curro el Palmo" sino en "La tieta", la entremezcla con la chanson francesa y le salen manifiestos de nostalgia como "Mi niñez" o particulares himnos verdaderamente patrióticos como "Mediterráneo". Aunque haya cantado en quechua o en portugués, nunca quiso cantar el himno estadounidense "Barras y estrellas", en inglés. Un periodista aseguró que iba a hacerlo y yo se lo pregunté cuando amanecían los ochenta. Él me contestó rotundamente por lo bajini, en gaditano y en off the record: "Un carajo". Entre Luis Cernuda y Joan Salvat Papasseit, con José Agustín Goytisolo como puente, autor de obras maestras en dos idiomas

distintos, como le definió el también bilingüe Luis Eduardo Aute, es normal que Serrat se trabuque a veces entre una lengua y otra, hasta el punto de pensar que existe la palabra genista en español. O hasta el punto de que rabiosamente andaluces, hayamos aplaudido hasta el tuétano cuando los fanáticos del Santiago y cierra España le silbaban por cantar en catalán. ¿Cómo no iban a ser nuestras aquellas paraules d' amor, sencillas y tendras, que pronunciábamos por primera vez?

El día que nos falte, el día que nos falte, mejor que sea tarde y que no nos enteremos. Porque se nos van a caer dos lagrimones cada vez que nos sentemos a ver una de piratas y sospecharemos que algún sicario a sueldo de la muerte le ha matado por la espalda en cualquier esquina. De la mano de su voz y de su palabra, de la mano de su música y de sus gorgoritos, estrenamos un amor de segunda mano, oímos silbar al viento y silbamos la canción de la matinada, en aquel tiempo, temps era temps, en que andábamos más despistados que la paloma de Alberti y aspirábamos tan sólo a que en el idioma de nuestras calles, alguna vez y como aventuró Ernesto Cardenal, se escribieran los tratados de Comercio, la constitución, las cartas de amor y los decretos.

Lo mejor de Serrat es que no es perfecto, que lo mismo puede escribir canciones manifiestamente mejorables como "Arena y limo" o espléndidas consagraciones de la alegría como "Hoy puede ser un gran día", cuya música y cuya letra, cuyo sentido profundo, no fue capaz de desvirtuarnos ni el hecho de que fueran usadas para un anuncio de compresas. Hubo quien creyó, por ejemplo, que "Caminito de la Obra" era una crítica al Opus Dei, pero era tan sólo una excepcional descripción de la clase obrera en los años 70 del siglo XX, cuando muchos albañiles soñaban con hacerle a su capataz la vaca - esto es, bajarle los pantalones y escupirle en sus atributos-, pero se limitaban a buscar el norte si no le falla un catorce para dejar de encheugar la mobylette.

Luis García Gil, que a su buen oído musical, une sus buenas vibraciones como poeta, nos recrea críticamente el cancionero de Serrat, nos explica algunas claves aunque prefiera guardarse el misterio de otras, como ese verso brillante de "Señora", cuando el olor de la flor se le escapa la flor. Pero no se le escapa que en la peripecia de Curro el Palmo, en su disco en directo, cambie sutilmente la letra para no decir ya un gitano falso sino, políticamente correcto, un falso gitano, que no es lo mismo aunque suene prácticamente igual.

García Gil relaciona sus versos con la pintura, con la literatura y con el periodismo, desde Joan Barril a uno de sus letristas y amigos favoritos, Tito Muñoz, o aquel Luis García Montero que se quedó de una pieza cuando el cantante le llamó un día por teléfono y le canturreó su versión de "Señor de la noche" y el poeta de Granada recordó de pronto que el primer disco que se compró en su vida era un single suyo, cuando corría su adolescencia y la adolescencia de las libertades de este país. En "Serrat, canción a canción", hay mucho del mundo serratiano que ya describiese Margarita Riviere, pero hay mucho más, porque no nos encontramos ante un paseo a vuela pluma sino ante un exhaustivo tratado de casi quinientas páginas que nos explica sobradamente el origen de las canciones, su fuente literaria, si la hubiera o hubiese y el contexto en el que fueron escritas, transformadas o archivadas, como aquel "Abur el tour" que nunca llegó a transformarse en canción o el origen de su homenaje a "Kubala" en la canción "Garrincha" de Manuel Picón, que interpretase Alfredo Zitarrosa.

Este joven poeta gaditano, que publicó "Las alas partidas" y "El itinerario del olvido", es puñeteramente preciso, meticuloso a la hora de brindar detalles insólitos, poco conocidos o sencillamente inéditos sobre la génesis o los contextos de ese cancionero que nos lleva acompañando desde hace cuarenta años, que se dice pronto. García Gil pertenece a la tercera promoción de oyentes de Serrat. Nació en 1974, el mismo año en que los de la segunda promoción andábamos embelazados escuchando por primera vez, "Aquellas pequeñas cosas", después de haberle visto y oído un verano en el Cortijo de los Rosales, como le propinaba una bofetada a la censura franquista al hablar de una fiesta de banderas lilas, rojas y amarillas como la bandera tricolor a la que muchos todavía aspiramos.

A través de sus canciones, cualquiera puede aprender la historia de este país, desde hace mil años cuando Cataluña comenzó a construirse como una aventura mestiza en donde lo mismo cabían dulces criadas de Aragón y lágrimas oscuras de los andaluces, a ese nuevo país que estamos alumbrando y al que nos ayuda a levantar ahora gente como Salam Rashid, que espera que alguna vez sonría para él la Mona Lisa, o gente como esa cuyo nombre es África y con la que tenemos mucho en común, aunque sea ese cielo más o menos azul y las ganas de querer y que nos quieran también. Con Serrat, hemos asistido a la derrota de don Quijote en las playas de Barcino y con letra de León Felipe, hemos olvidado el camino a la casa de nuestra madre pero hemos compartido el pan y la cebolla de Miguel Hernández. Con él y con Juan Marsé, asistimos a la venganza del cine Roxy, que envía sus fantasmas contra la especulación urbana y hemos conocido pueblos colgados de un barranco por donde no pasar ni pasó la guerra. Con Juan y José, fuimos cafishos en un quilombo flotante en el Paraná, pero al mismo tiempo nos quedamos sentados junto a la estufa para leer las cartas que el amigo nos mandaba desde el otro extremo del mundo. Con Serrat, nos quisimos ciudadanos de la Constitución de 1978 y tuvimos algo personal con respecto a esa gente que firma sentencias de muerte pero con buena letra.

Con Serrat nos seguimos preguntando por qué la gente se aburre tanto, si los pobres nos están invadiendo la salita y todavía hay utopías, con la guitarra de Paco de Lucía al fondo, que alborotan el gallinero de quienes luchan por el éxito, ejecutivos de películas, hombres agresivos y enérgicos, con ambiciones políticas. Como un notario pertinaz, García Gil no sólo formula un retrato elogioso del cantautor que nos trajo la palabra de Benedetti para demostrar que el sur también existe, sino que critica algunas de sus crisis creativas de los años 90 o nos alumbra sobre algunos de sus escuderos musicales, desde Ricard Miralles a Albert Amargós o Kitflus. Por sus páginas, sabemos como ese maravilloso bilingüismo de Serrat le costó mucho más que las críticas del integrismo hispano cuando quiso cantar el "la la la" en el idioma de Salvador Espriu y menos mal que no lo hizo y Massiel ganó la Eurovisión y Serrat no tuvo que hacer el ridículo en aquel festival en el que ni llegaba ni pegaba su voz rebelde que, sin embargo, al cantar también en español fue despreciada por cierta intelectualidad catalana que le acusó de formar parte del ejército de ocupación lingüística de un país como Cataluña, afortunadamente charnego, un país del mil leches al que hoy en día sólo los que temen que la cultura catalana no sea suficientemente fuerte, expresan sus miedos a que sus señas de identidad puedan ser vulneradas por inmigrantes africanos o rusos que no sepan cantar "Els segadors" o por inmigrantes andaluces que sólo sepan cantar sevillanas.

Serrat, y así nos lo describe acertadamente García Gil, ha constituido un puente soberbio entre esa Cataluña plural, personal e intransferible, muy suya pero muy de todos, muy del Ampurdán pero muy del Mediterráneo, a la que ahora nos quieren arrebatarse en el choque de trenes entre dos nacionalismos sin sentido y sin seny. Pero también ha sido un puente con América, esa otra nación de nuestros corazones a las que estamos traicionando a favor de un futuro al que queremos llamarle Europa. A Serrat se le prohíbe en Chile y canta por Violeta Parra. A Serrat se le censura en Cuba y canta que Marx, que no ha muerto por mucho que lo diga Fukuyama, quisiera bailar el mozambique en esa ciudad donde hay mulatas en todas las esquinas.

En las últimas páginas del libro y como no podía ser de otra manera, García Gil salva a su personaje y asegura que la obra de Serrat sigue felizmente abierta que "el pasado explica el presente pero no debe asfixiar el futuro ni condicionarlo" y que "la premisa de Serrat es seguir adelante y no invocar a la nostalgia.

"Porque Serrat - así concluye- ha encontrado en la canción su medio de expresión perfecto, ese espejo luminoso en que se ha mirado a sí mismo y en el que ha mirado también el mundo que le rodeaba, las circunstancias, las dudas y sentimientos de la gente de a pie. Piezas de dos a seis minutos donde ha detenido la memoria y el tiempo, en las que ha pintado el amor y el deseo y en las que ha retratado a la vida en sus más pequeños detalles con la sabiduría y los recursos de los mejores cantautores. Serrat ha sido nuestro particular Dylan, nuestro particular Brel, el cantautor que ha recorrido con su voz los paisajes recónditos del alma humana, los azarosos caminos del amor y de la vida".

Serrat ha sido, pero lo mejor es que Serrat sigue siendo. Que le queda mucha cuerda por delante y que seguro que, más temprano que tarde, Luis García Gil volverá para contárnosla. Y bienaventurados los que oímos a Serrat, porque de nosotros es el reino de la belleza, la complicidad y de la rebeldía.